



FUNDACIÓN  
JAIME GUZMÁN

# A DOS AÑOS DEL TRIUNFO DEL "RECHAZO"

N° 402  
4 DE SEPTIEMBRE 2024

Ideas & Propuestas

## Resumen ejecutivo

**E**n el segundo aniversario del plebiscito que dio una nueva oportunidad a Chile, el presente número de Ideas & Propuestas se concentra en esbozar las responsabilidades no asumidas por la izquierda que patrocinó aquel proyecto constitucional, las amenazas que esto aún representa y la inspiradora victoria del sentido común que dicha jornada significa.





**H**oy se cumplen dos años del mayor de los comicios de la historia de Chile en lo que a número de electores respecta y su trascendencia sólo parece homologable a la del plebiscito de 1988, que por años fue el signo de legitimidad para los posteriores gobiernos de la Concertación. Ni siquiera el segundo proceso constitucional concitó la misma atención, ya presa del cansancio ciudadano, no sólo a causa de la larga discusión, sino a cuenta de una ciudadanía que volvió la mirada hacia la inoperancia gubernamental respecto de cuestiones previas, los temas del día a día, que ya no parecían tan resueltos como en 2019.

Con una poco disimulada intención histórica, la fecha elegida del 4 de septiembre que, si bien incluye todas las elecciones presidenciales entre 1946 y 1970, se la había apropiado la izquierda únicamente para recordar la victoria de la Unidad Popular, ahora aparecía como la

fecha clave para sellar su revancha histórica: un nuevo triunfo ese 4 de septiembre de 2022 sería la manera de hacerle justicia al legado de Salvador Allende, reivindicando su triunfo final. A su modo de ver, todo sería hermoso: Chile se convertiría en la “tumba del neoliberalismo” y precisamente en vísperas del cincuentenario de 1973. De hecho, nuestro actual Gobierno hipotecó los primeros 6 meses de su administración a la espera de ver aprobada esa “carta blanca” que le hubiese permitido ejecutar un plan refundacional que, posiblemente, ni en el mejor de sus sueños habrían imaginado posible en Chile.

Como se evidenció en ese multitudinario cierre de campaña del “Apruebo” en Alameda con Santa Rosa, donde ardían los edificios en octubre de 2019, frente a una pequeña concentración opositora en el cerro San Cristóbal, hasta el último momento trataron de convencerse y de convencer a los demás —con no poco éxito, cabe señalar— de que seguían siendo la aplastante fuerza hegemónica que desde 2019 había logrado, imparable, la transformación mental de un país que por décadas había estado sometido a las fuerzas oscuras del capital extractivista, del patriarcado y del autoritarismo.

Sin embargo, algo salió mal. No se dieron los números.

Si bien ya existe una primera ola de análisis surgida a la hora inmediatamente posterior al “estallido social” de 2019, no está completo aún este ejercicio respecto del giro electoral ocurrido tres años más tarde. Tras su rotunda derrota, los protagonistas más comprometidos de la Convención Constitucional manifestaron con rabia las más manidas explicaciones a su fracaso en convencer, atribuyéndolo a la conspiración de

“poderes fácticos” como la prensa, mientras un número no menor de adherentes del “Apruebo” ninguneaba desde las redes sociales a los votantes, como gente ignorante y estúpida, si bien eran ese mismo pueblo por el que decían luchar apenas unos días antes.

Cabe esperar un poco más de tiempo para la revelación pública de mayores antecedentes y un análisis más acabado, de mayor perspectiva general, para comprender la trascendencia de lo ocurrido ese 4 de septiembre y ello dependerá no poco del devenir del régimen político chileno en los próximos años. Lamentablemente, no parece cercano el minuto de ese análisis reposado, puesto que todavía hay demasiados intereses colocados encima de estos sucesos y, por extraño que parezca, son sus derrotados los que mayor interés mantienen en ello.

Con todo, pueden esbozarse ya ideas claras en torno a los motivos y alcances de la derrota del proyecto de la Convención, así como las amenazas que se evitaron a través del rechazo de aquel texto.

Hoy, a dos años del triunfo del “Rechazo”, ya no parece evidente lo que entre octubre de 2019 y septiembre de 2022 se volvió una conclusión lógica incluso entre gente de derecha: los malestares largamente masticados por los chilenos necesariamente debían provocar un país sacudido por la violencia, amenazante contra el poder de turno, una realidad permanentemente bajo fuego que no habría forma de sosegar hasta que las estructuras importantes del país —políticas, socioeconómicas y valóricas— fuesen diametralmente cambiadas en una dirección distinta a la presente. Un país de ventanales enlatados,

completamente tapizado de *graffitis* de rebeldía y de supermercados saqueados, donde debía despacharse temprano a los trabajadores a sus casas para evitarles “el que baila, pasa”, porque el desorden había llegado para quedarse; para así luchar su batalla cósmica contra el Mal, representado por las fuerzas policiales.

De este lugar común es necesario advertir que, efectivamente, incluso entre la parte pacífica de la población, sobre todo en lo más álgido de la protesta —octubre de 2019 a marzo de 2020— hubo una fuerte aquiescencia a los sucesos de violencia, sea como retribución a la impunidad de los poderosos, sea como desquite de una cólera colectiva o como un sacrificio soportable en vistas a un futuro más igualitario. Como si fuese tomado del más febril deseo de una mente escolar, queriendo ver arder su colegio, al que ve como prisión, si bien es el mismo lugar de sus amistades y de la mayoría de sus momentos felices; tal vez una parte mayoritaria del país se entregó por unos cuantos meses a contemplar el daño que otros hacían por ver qué ocurriría a continuación.

Esta cuestión, que para los adherentes del primer proyecto constitucional nunca ha sido un error en sí mismo, fue la primicia de su final fracaso, pues este combustible, que es la violencia, si bien moviliza y empuja en contextos insurreccionales a una masa por lo común apática, nunca es una energía infinita y mucho menos fácil de maniobrar. El movimiento insurreccional forjado de la conjunción de muchos intereses distintos y orgulloso de no contar con cabezas visibles, —va-namente lo intentó la “Mesa Social” en noviembre de 2019— no podía ser una fuerza incansable y difícilmente podía consolidar logros civilizados sin una dirigencia que hablase en nombre de ella.





Foto: infobae.com

A la verdad, la transformación de la violencia en una fuerza autodestructiva que terminó alimentando el cansancio de la población, sólo se logró por razones fundamentalmente ajenas al orden político y que una mente creyente no puede dejar de atribuir al designio providencial. El acuerdo del 15 de noviembre no añadió ninguna razonabilidad política: ni en las élites que con servilismo se entregaban a los gritos de la calle, dispuestos a socavar la institucionalidad desde dentro, ni mucho menos apaciguó a los “primera línea”. La suma de una pandemia de inesperada gravedad, con sus extensísimas cuarentenas y la focalización de la discusión pública en ésta y en los retiros de los fondos previsionales fueron factores más relevantes a la hora de dar tiempo y permitirle a la ciudadanía un respiro donde meditar lo ocurrido y saborear las consecuencias que se derivaban de lo hasta allí obrado.

Sin embargo, en un instante, quizá hasta la votación del plebiscito de entrada en octubre de 2020, todavía parecía posible el sueño anhelado de la izquierda: que la derecha chilena quedara reducida a la insignificancia política, aislada como en un gueto, desplazada por las “fuerzas de la historia” que habían supuestamente construido un nuevo consenso social. Efectivamente, hubo un instante en que nuestro sector no logró oponer una fuerza ni un discurso equivalente al de los manifestantes, replegada en el silencio por evitar el hostigamiento de lo que aparecía como una mayoría inapelable y sin saber qué hacer, salvo por escuetas y frágiles acciones ciudadanas de gente valiente que se atrevió a ir contra la corriente desde la primera hora. Sobre este punto también falta todavía un mayor análisis.

Ese tiempo ganado y el decaimiento de todas las condiciones socioeconómicas que hacían decir a la izquierda en 2019 que este era un país rico y artificialmente desigual, sólo vinieron a potenciarse cuando la Convención Constitucional fue una realidad a partir de julio de 2021 y los cabecillas que de allí se alzaron comenzaron a defraudar con sus hechos el discurso de superioridad moral que ellos habían levantado durante esos casi dos años de espera.

Desde el momento en que la convencional Labraña interrumpiese con sus pares el himno nacional, pasando por los corpóreos de la “Tía Pikachu” y el dinosaurio azul sobre la testera del ex Congreso, incluyendo la confesión de Rodrigo Rojas Vade sobre su enfermedad, —sólo dada al verse descubierto por la prensa— la propuesta de cambio del himno, el voto desde una ducha y la *performance* de “Las Indetectables”; los defensores del “Apruebo” nunca se hicieron



responsables ante la opinión pública de toda esa descarga de errores no forzados, que posiblemente los entendieron como bienvenidas muestras de espontaneidad y del cambio cultural que la nueva época fundada por ellos traería. Sin embargo, la ciudadanía, tanto la que en una primera hora estuvo con ellos, como quienes desde el 18 de octubre de 2019 comenzaron a vivir en la angustia de no reconocer el país en que vivían, acabaría por hartarse de aquel buenismo.

La ciudadanía llegó a ver las amenazas para la democracia que significaba la existencia de múltiples sistemas de legalidad y la virtual dislocación de toda la institucionalidad chilena en nombre de un experimento político de la posmodernidad, con todo lo de quiebre cultural que ello habría implicado.

Tras ello, la clase política insistió en un segundo proceso, queriendo entender que, si bien el texto en concreto había concitado la animadversión ciudadana, no había caducado el mandato concedido en octubre de 2020 por el plebiscito de entrada. Muchos que no lo creían así, entendieron que el malestar ciudadano, aún en rescoldo, exigiría esto como única moneda de cambio. Los resultados están a la vista: si bien fue un proceso mucho mejor elaborado y su producto un texto muy superior al anterior, nuevamente fue rechazado por la ciudadanía.

¿Lo fue por las mismas razones que el primero? No lo fue, y esto precisamente deja en evidencia una de las falacias que por más tiempo sostuvieron quienes alentaron la idea de que la crisis social en Chile se debía a la supuesta ilegitimidad de origen de la Constitución de 1980, a pesar del plebiscito de 1989 y de sus amplias reformas con-

sensuadas posteriormente. Mientras parecían constituir una mayoría hegemónica, no tuvieron reparos en utilizar esta argumentación, hasta que las nuevas elecciones de convencionales de mayo de 2023 pusieron la mayoría en manos de la derecha y centroderecha.

A partir de allí, el proceso emanado fue públicamente rebajado de nivel por ellos y permanentemente pusieron amenazas a verse ahora ellos reducidos a una nulidad, si bien hubo oportunidades infinitamente mayores que la vez pasada para la negociación y un diálogo razonado. Todo ello dejó en evidencia que para la izquierda el problema de fondo nunca fue que Augusto Pinochet fuese el primero que rubricase con su firma la versión original de la Carta Magna, sino que el proceso democrático que la reemplazase no fuese controlado por ellos.

Si bien se enmascararon y lograron convencer a parte de la ciudadanía apelando a cuestiones como la posible eliminación de las tres causales de aborto, para los adherentes del “En Contra” de diciembre de 2023, legítimo heredero del “Apruebo”, hay todavía una cuestión más de fondo y es que ciertos contenidos virtuosos volviesen a aparecer, y ahora con el indiscutible respaldo de la ciudadanía, en asuntos tales como la subsidiariedad, la protección de la propiedad e iniciativa personal, etc. Esos contenidos son para ellos inaceptables, incluso aunque los respalde la más democrática de las asambleas, lo que ellos entienden como un error de la naturaleza, porque, en su concepción, lo normal es que la mayoría de la gente –sobre todo los más pobres– piensen necesariamente como ellos.



Foto: elmostrador.cl

La cuestión constitucional está cerrada. La ciudadanía, después de un sinuoso camino incluso de rectificación, acabó percatándose de que insistir por esa senda era entregar a Chile al largo e infructuoso camino que otras naciones latinoamericanas han recorrido, entregándose a caudillos carnavalescos y sin por ello alcanzar ni mayor libertad y mucho menos justicia. No obstante, lo que no ha pasado es el anhelo de la izquierda, la cual, tratando de no perecer ante la implacable opinión ciudadana, ha debido reconcentrarse en tareas que le son incómodas, como la seguridad ciudadana y el crecimiento económico. Aun ocupada en estos menesteres, espera ansiosa la hora de reabrir lo que la ciudadanía dio por zanjado.

El mismo texto constitucional vigente, que ha soportado innumerables vapuleos a partir de 2019, ha quedado con quórum peligrosamente rebajados, que podrían permitir a una circunstancial mayoría

legislativa completar los sueños desairados de aquellos maximalistas vencidos hace dos años. Incluso, a través en una serie de proyectos de ley, aún trata la izquierda de introducir subrepticamente elementos centrales del borrador rechazado en septiembre de 2022, como si no fuesen incapaces de acusar el golpe de dicha derrota en las urnas.

No podemos dejar de reivindicar el triunfo del 4 de septiembre. Fue el triunfo de la gente de las más variadas tendencias políticas, pero que, por un momento, lograron coincidir a través de la racionalidad y de los más profundos lazos que nos hermanan como hijos de un mismo pueblo, pudiendo percibir la latente amenaza contra el bien común general y la hipoteca del futuro que haber aprobado un anteproyecto como ese hubiese significado para las próximas generaciones. La victoria del “Rechazo” el 4 de septiembre es el triunfo del hombre común, el que también está cansado de las injusticias, pero que no cesa por contribuir a mejorar su entorno y hacer lo que le corresponde en la sociedad, tal vez sin sofisticados discursos, pero con una meridiana claridad, la que destella fulgurante en los momentos de crisis y confusión social.





[www.fjguzman.cl](http://www.fjguzman.cl)

 @FundacionJaimeGuzmanE  @fundacionjaimeguzman  @FundJaimeGuzman

Capullo 2240 - Providencia, Santiago | Tel: (56 2) 2940 1100